

Guadalupe Reinoso
Federico Uanini
Sebastián Di Tomaso
(Eds.)

Neopirronismo clásico y contemporáneo.

Discusiones en torno
al legado escéptico

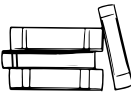


Neopirronismo clásico y contemporáneo.

Discusiones en torno al
legado escéptico

Guadalupe Reinoso
Federico Uanini
Sebastián Di Tomaso

(Eds.)

Colecciones
del CIFYH 

Neopirronismo clásico y contemporáneo. Discusiones en torno al legado escéptico /Guadalupe Reinoso ... [et al.] ; Compilación de Guadalupe Reinoso; Federico Uanini; Sebastián Di Tomaso. - 1a ed - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1817-1

1. Filosofía Clásica. 2. Filosofía Contemporánea. 3. Filosofía Moderna. I. Reinoso, Guadalupe, comp. II. Uanini, Federico, comp. III. Di Tomaso, Sebastián, comp. CDD 199.82

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño gráfico y diagramación: María Bella

2024



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



Presencia pirrónica en Montaigne: zétesis, buen uso del juicio y humanismo

Federico Uanini*

Leer *Los Ensayos* de Michel de Montaigne implica tener contacto con una obra filosófica pletórica de herencias intelectuales. Producto de una educación de carácter humanista, este escrito da cuenta de las múltiples lecturas y apropiaciones que el filósofo francés realizó mientras llevaba a cabo la tarea de pintarse a sí mismo. Destacar que las tradiciones helenísticas juegan un papel fundamental en esa herencia es, a esta altura del pensamiento, poco novedoso. La cuestión siempre abierta, en cambio, es cómo leer esa presencia, y en nuestro caso cómo leer la presencia pirrónica en *Los Ensayos* de Michel de Montaigne.

Escepticismo en Montaigne: algunas lecturas históricas

Los primeros lectores de Montaigne como Pierre Charron o Blaise Pascal entendieron que en *Los Ensayos* hay una presencia escéptica que no se puede obviar y que volvería a su autor un escéptico declarado (Raga Rosaleny, 2020, p. 91). Esta interpretación se extendió incluso a nuestra contemporaneidad donde registramos trabajos fundamentales que han marcado un antes y un después en la forma de leer el escepticismo en el pensador francés. Uno de ellos es la pesquisa realizada por Pierre Villey. En su trabajo de inicios de siglo XX, *Les Sources et L'Evolution des Essais de Montaigne* de 1908, realiza una detallada investigación histórica que nos permite saber, entre otras cosas, que para el año 1576 el alcalde de Burdeos ya había tenido contacto con el escepticismo pues de dicha época trata su famosa medalla con la frase “¿Qué sé yo?”. La lectura que propone Villey puede encuadrarse, a grandes rasgos, en lo que algunos autores han definido como “hipótesis evolucionista” (Force, 2009) de Montaigne. Cada uno de los diferentes libros de *Los Ensayos* reflejaría una cierta simpatía concreta con las diferentes filosofías helenísticas: el libro primero sería el estoico, el segundo el escéptico y el tercero el epicúreo. Cada una de esas filosofías

* CONICET – CIFYH / IDH, Universidad Nacional de Córdoba; fede11235@gmail.com

representaría un proceso dinámico y de diferente grado de madurez del propio Montaigne quien habría fluctuado entre las diversas doctrinas y orientaciones, considerando al escepticismo como un punto intermedio y crítico (Villey, 1946) que luego abandonaría. Fortunat Strowski, seguidor de Villey, manifestó también esta perspectiva pasajera del escepticismo en Montaigne que luego sería dejada de lado por lectores como Hugo Friedrich para retornar a las primeras interpretaciones donde el escepticismo cobraba un rol fundamental en el alcalde de Burdeos (Raga Rosaleny, 2020, p. 92).

Otras lecturas encuentran posible leer la presencia escéptica en Montaigne centrándose en su actividad política. Algunos autores sostienen que el pensador francés podría haber hecho uso de elementos escépticos vinculados a los *Esbozos pirrónicos* para justificar posiciones políticas (Tizziani, 2014). Centrándose en “la observancia de las exigencias vitales” (HP I 23-24)¹, dispuestas por Sexto Empírico en sus *Esbozos pirrónicos*, Montaigne emplearía dichas observancias, sobre todo la de regirse por las costumbres, para oponerse así a la amenaza del protestantismo que está presente en algunos de sus escritos. Generando un eco entre esas observancias y ensayos como *La costumbre o no cambiar fácilmente una ley aceptada* (I XIII) el escepticismo sería útil para evitar una modificación de las prácticas sociales.

Sin embargo, otras lecturas abonan por una incompatibilidad entre el escepticismo y la política en Montaigne, en específico el carácter de tolerante con el que la tradición lo definió. Un análisis de los argumentos de Sexto nos llevaría, como antes indicamos, a seguir las costumbres como una forma de guía frente a la imposibilidad de acceder a una verdad definitiva. Pero esas costumbres en la época de Montaigne estaban articuladas bajo instituciones como la Inquisición que lejos están de predicar la tolerancia con la que el gobernador de Burdeos se caracterizó. Desde este enfoque, entonces, autores como Curley (2005) disponen que el escepticismo pirrónico, entendido bajo una coherencia absoluta con lo dispuesto

1 Para las citas de los *Esbozos Pirrónicos* de Sexto Empírico en adelante HP seguido de número romano indicado el libro y número arábigo señalando la línea. Utilizaremos en este trabajo la traducción de Antonio Gallego Cao y Teresa Muñoz Diego en la edición de la editorial Gredos del año 2017.

por Sexto, es enemigo de la tolerancia en tanto sería funcional a la violencia de las instituciones eclesíásticas².

Sobran también los análisis que entienden al escepticismo en Montaigne como un vínculo con lo religioso. Trabajos como el de Popkin (1983) van en esa línea al considerarlo como un “fideísta escéptico” en tanto su lectura aportaría argumentos que exhiben cómo la razón humana, escepticismo mediante, sería erosionada en defensa de la superioridad de la fe. Otros trabajos más contemporáneos, sin embargo, han aportado argumentos para rebatir esta famosa perspectiva “fideísta” (Raga Rosaleny, 2020) argumentando que dicha caracterización no es apropiada para definir a Montaigne por resultar anacrónica y porque no refleja la posición del catecismo católico en la época del autor. Sobre el vínculo entre religión y escepticismo en Montaigne existen además numerosos trabajos donde, cada uno con sus razones, se exponen lecturas tanto creyentes como herejes del filósofo francés (Weber, 1978).

Si bien todos acuerdan en su presencia escéptica, podríamos establecer que los debates se generan sobre el alcance de dicha *agogé* en Montaigne. Seguimos a Vicente Raga (Raga Rosaleny, 2020) cuando este describe, a grandes rasgos, cuatro líneas de interpretaciones sobre la presencia del escepticismo en Montaigne según sus lectores. Primeramente, algunos piensan que en la obra del francés hay una postura dualista similar a la de Sexto Empírico. Habría así una contraposición entre el “fenómeno” (término que Montaigne nunca emplea pero que podría generarse cierta sinónima con *fantasía* y otras palabras similares) y lo que se encuentra más allá de éste. En segundo lugar, otros opinan que esta clave de lectura no es correcta y piensan que Montaigne es un pensador de la “apariencia pura”. En tercer lugar, están quienes piensan que el autor comenzó a

2 Para esta línea de pensamiento es el reconocimiento de que no todas nuestras creencias son racionales y que, por tanto, no vale la pena pelearse por ellas lo que movilizaría cierta tolerancia en Montaigne. Esta conclusión extraída del ensayo *Apología de Raimundo Sibiuda*, si bien se distancia de lo expuesto por Sexto en los *Esbozos pirrónicos*, puede ser parte de un escepticismo novedoso que Montaigne genera tras la lectura de ciertos autores, Sexto incluido. Por nuestra parte, entonces, concordamos con Curley en tanto el seguir las costumbres aleja a Montaigne de la tolerancia, pero nos diferenciamos de sus análisis que plantean que no puede ser la tolerancia un producto del escepticismo en el autor francés. El problema de Curley, sugerimos, consiste en buscar en Montaigne un escéptico que sólo copiaría a Sexto, en lugar de considerarlo como un autor que de sus lecturas desarrolla una especie de pirronismo original.

escribir bajo el influjo escéptico y luego cambió de orientación hacia el academicismo y, por último, otros consideran que Montaigne fue tanto un neopirrónico como un académico.

El escepticismo complejo de Montaigne

Lo que puede observarse en todo este brevísimo (e incompleto) estado del arte es que las perspectivas sobre cómo aparece el escepticismo en Montaigne son muy diferentes. Con este autor sucede lo que remarcó Juan Rivano (2000): “no encuentro una interpretación de los *Ensayos* que no tenga un buen soporte en éstos y que no pueda a la vez refutarse con el mismo apoyo” (p. 7). Según qué hipótesis de lectura escéptica adoptemos se iluminan diferentes aspectos de una obra que, por su misma estructura, es difícil de asimilar en una lectura rápida. La consideración de todas estas diferentes interpretaciones escépticas nos aporta, opinamos, un sentido que va insinuando la complejidad de *Los Ensayos*: la presencia escéptica en Montaigne es amplia y problemática. La forma en cómo el alcalde de Burdeos dispone su escepticismo está signada, creemos, por el carácter propio de una época donde primaba el apropiarse de forma novedosa de las nuevas ideas que circulaban gracias a la imprenta y las traducciones (Kristeller, 1993). Hay diversos escepticismos en la obra del autor francés, e incluso por frases mismas del filósofo se podría sostener, como antes mencionamos, una cierta mixtura en las dos grandes corrientes escépticas, a saber: el pirronismo y el academicismo. En *Apología de Raimundo Sibiuda*, por ejemplo, Montaigne define al escepticismo de Pirrón como “una invención humana muy verosímil y útil” (II XII 743)³, destacando así un espíritu más cercano a la Academia que al pirronismo. Así, el escepticismo en la obra del francés es patente en su presencia, pero no es tan clara la función que Montaigne le otorga.

Muchas de las lecturas que han pretendido definir al pensador de Burdeos con motes categóricos han cometido el error que algunos autores denuncian de Popkin, a saber, tomar un solo ensayo de la obra y preten-

3 Para indicar las citas de *Los Ensayos* emplearemos de aquí en adelante la siguiente numeración: indicaremos en número romanos el libro de *Los Ensayos* al cual pertenece el texto seleccionado, luego en romanos el número de ensayo escogido, en arábigo la página de la edición de 1595 traducido al español por J. Bayod Brau de editorial Acantilado que consignamos al final del artículo.

der que el resto del escrito se someta a este análisis (Force, 2009). Y este problema, creemos, radica en que no se capta de forma correcta la complejidad del ensayo como registro de escritura. Cuando se lee a Montaigne muchas veces se le exige una forma particular de presentar las ideas que no se corresponde a lo propuesto por el francés. Así, acceder a *Los Ensayos* suele significar un violento ejercicio de someter la pluralidad filosófica de Montaigne a nuestras exigencias interpretativas. Si no consideramos las peculiaridades propuestas por el autor, corremos el peligro de generar confusión en su propuesta filosófica. Como ejemplo puede valer lo explicitado por Force (2009) sobre Pierre Villey. El gesto de identificar “períodos” en la obra de Montaigne por parte de Villey es resultado de intentar forzar, en un texto de carácter a veces incoherente y plural como los ensayos, una pretendida coherencia con el objetivo de volverlo así filosófico. Los ensayos se alejan de las temáticas pretendidamente filosóficas para pasar a hablar, en un sentido y una estructura determinada, de un “fin doméstico y privado” (*Al lector*) como es el propio autor. Para algunos, este alejamiento en tanto modo y objeto de escritura lo distanciaría también de la posibilidad de hacer filosofía. También para el mismo Montaigne era esto patente pues llega a escribir en ensayos como *La Vanidad* afirmaciones como “no soy filósofo” (III IX 1416): no se siente parte de una tradición de escritura, aunque sí está muy consciente de ser el iniciador de otra (Desan, 2016), porque las temáticas que enuncia y el uso que da a la presencia de las diversas filosofías se alejan de los usos argumentales que otrora la filosofía empleó. Pero eso no implica que “tengamos” que transformar a Montaigne en filósofo, sino que se debe entender cuál es la propuesta de filosofía del autor. El ensayo es un registro de escritura peculiar que no habla sobre lo eterno y lo inmutable, sino más bien sobre lo concreto y lo mudable (Adorno, 1962), y hace uso de citas y posiciones filosóficas que resultan novedosas para la época. Es por eso, sugerimos, que una lectura que intente forzar este rasgo fundamental del autor puede contribuir a propagar confusión en las interpretaciones que hagamos sobre el papel del escepticismo en su obra.

Escepticismo en Montaigne: uso y presencia

Nuestra propuesta para entender la presencia del escepticismo en Montaigne, sin pretender que sea la única, será considerarla desde dos aspec-

tos. En primer lugar, el referido al uso del pirronismo como herramienta de argumentación en *Los Ensayos*. Entenderemos a la filosofía pirrónica como parte, y no siempre central, de los artilugios filosóficos que el autor francés emplea en su obra. Sugerimos que las diferentes filosofías, y entre ellas el pirronismo, que aparecen en el trabajo del francés están en estrecho contacto con el propósito ético de su obra y no pueden tomarse ajenas a tal misión. Por ejemplo, el pirronismo como filosofía aparece de forma muy concreta en el ensayo *Apología de Raimundo Sibiuda* cuando Montaigne, para replicar a quienes critican la solidez de los argumentos del teólogo, exhibe cómo la razón misma es falible. Allí recomienda, posiblemente a Margarita de Valois, que las armas pirrónicas deben ser usadas sólo bajo “extrema necesidad” (Maia Nieto, 2012, p. 366) pues está muy consciente del aspecto corrosivo de dicha filosofía. El carácter erosionante del pirronismo era anunciado desde las primeras traducciones al latín de los *Esbozos Pirrónicos* por parte de Estienne (Basílico, 2012), y Montaigne parece tenerlo en mente cuando alaba y critica al pirronismo en partes iguales en la *Apología*. El pirronismo puede ser un buen instrumento para criticar a los objetores de Sibiuda, pero eso no significa que tengamos que adherirnos de forma cabal a lo propuesto por esta *agogé*. Sirve en un momento concreto, pero esto no supone que el autor deba tener más compromiso con el pirronismo que con otra filosofía pues la importancia no está dada en la generación de un sistema, sino en el ejercicio del autoconocimiento y, en este caso, una crítica a cierta oposición política de carácter protestante (Maia Nieto, 2012).

En segundo lugar, consideraremos la presencia del pirronismo en tanto forma de entender la investigación del autoconocimiento, actitud que ronda por la totalidad de *Los Ensayos*. Sugerimos entender la pesquisa del “fin doméstico y privado” de la obra (*Al lector*), a saber, la pintura de sí mismo o autoconocimiento, bajo cierta similitud con la forma escéptica de investigación que dio a dicha *agogé* uno de sus nombres, a saber, la *zétesis* (HP I 7). En su último ensayo, *La Experiencia*, Montaigne dice “Me estudio a mí mismo más que a cualquier otro asunto. Ésta es mi metafísica, ésta es mi física” (III XIII 1602). Ese es el tema central de los ensayos, una búsqueda de sí mismo. Pero esa indagación va de la mano con una fuerte consciencia de cambio y mutabilidad que algunos autores afirman obedecer a sus lecturas de filósofos como Lucrecio (Bayod, 2013). Es conocido que la búsqueda de ese saber por parte de Montaigne no se sistematiza de

la forma que lo hará en Descartes mucho tiempo después, y para muchos lectores esta “incapacidad” es una especie de fracaso para el gobernador de Burdeos. Sin embargo, nosotros apostamos por otra perspectiva: no se puede hablar de fracaso en su autoconocimiento porque la búsqueda no pretende llegar a una respuesta cerrada y concreta, sino que su finalidad se da en su ejercicio. Montaigne dice sobre su trabajo que “es un registro de acontecimientos diversos y mudables, y de imaginaciones indecisas y, en algún caso, contrarias, bien porque yo mismo soy distinto, bien porque abordo los objetos por otras circunstancias y consideraciones” (III II 1202). El autor reconoce que su pesquisa es cambiante e, incluso, contradictoria, porque él mismo lo es. Haciendo gala de la cláusula de “buena fe” (*Al lector*) con la que comienza su obra, Montaigne se sincera y no parece entender que esta variabilidad sea un problema, sino, más bien, una condición para tener en cuenta en el intento de conocerse a sí mismo. Nos distanciamos así de las lecturas que entienden como un problema el hecho de que Montaigne no llegue a un conocimiento acabado del *Yo* como lo hará posteriormente Descartes. Esa perspectiva, creemos, en lugar de entender la especificidad de la obra de Montaigne pretende verlo como un mero prolegómeno del cartesiano y como un simple y poco original transmisor del escepticismo a la modernidad. Entender la propuesta del alcalde de Burdeos es reconocer que su forma de indagar es siempre abierta, y llegar a un cierre no implica un éxito sino, más bien, un detenimiento que vulneraría el espíritu de la búsqueda misma que, como veremos a continuación, implicaría una finalidad ética.

Zétesis y autoconocimiento

Montaigne plantea que su objeto de conocimiento no puede captarse y capturarse para siempre. Afirma: “no puedo fijar mi objeto. Anda confuso y vacilante debido a una embriaguez natural. Lo atrapo en este momento, tal y como es en el instante en el que me ocupo de él” (III II 1201-1202). Ese *Je* que se busca sólo puede ser capturado en un instante concreto, es decir, mientras se escribe sobre él. Es ahí donde el ensayo, en tanto ejercicio y género de escritura, cumple su función: es como tal un registro de escritura que se distancia de la tradición al no hablar sobre lo eterno y lo inmutable para, en su lugar, enunciar un “ahora” y un “aquí” concreto (Adorno, 1962). Pero ese encontrarse de forma instantánea para luego

desvanecerse no es, como dijimos, un problema, sino que parece ser algo propio de este tipo de investigación. “Si mi alma pudiera asentarse, no haría ensayos, me mantendría firme” (III II 1202) dice Montaigne. “Ensayar” supone un ejercicio constante, pero no de cualquier tipo: implica un estar “siempre aprendiendo y poniéndose a prueba” (III II 1202). La noción de “ensayo”, del francés *essai*, proviene del vocablo latino *exagium* que inicialmente significaba “pesar” para luego ir variando hasta llegar, en el francés del siglo XVI, a tener connotaciones como “prueba”, “ejercicio” o “investigación” (Raga Rosaleny, 2010, p. 67). Es en ese ensayar constante donde, pensamos, puede tener cabida una cierta lectura escéptica si lo interpretamos como una forma de investigación con similitudes pirrónicas. Recordando lo que Sexto dice sobre el pirrónico, que no cesa de investigar cuando otros piensan haber encontrado la verdad o rechazan el poder llegar a ella (HP I 3), así también Montaigne no cesa de buscar ese conocimiento cuando otros, la filosofía o la medicina, por ejemplo, piensan haber llegado a una conclusión categórica sobre el ser humano.

Al igual que la *zétesis* del pirrónico tenía una finalidad ética, en Montaigne esa constante e inacabada búsqueda de autoconocimiento está estrechamente ligada a la propuesta de vida de los ensayos: el buen uso del juicio. En textos como *La Pedantería* o *La formación de los hijos* se obtiene una propuesta clara: la formación educacional y la investigación tienen el objetivo de “hacernos mejores” (I XXIV 176). No se investiga por el simple hecho de saber, actitud que Montaigne criticará con ferocidad, sino porque ese saber tiene la capacidad de transformarnos para bien. El autoconocimiento también puede ser colocado en esta línea donde investigar tiene sentido de cara a una transformación personal y un gesto formativo. Montaigne, a diferencia de los pirrónicos como Sexto, no busca una verdad sobre el mundo (Smith, 2012) sino más bien sobre sí mismo. En algunos de sus ensayos, como *Apología de Raimundo Sibiuda*, sus críticas a cómo la filosofía ha encumbrado al ser humano van de la mano con la preocupación por el autoconocimiento: la vanidad ha generado imágenes difusas y grandilocuentes de quienes somos. Ejercitar ese constante conocimiento de sí mismo implica también distanciarse de las definiciones que la filosofía y el pensamiento han enunciado sobre cómo es el ser humano. Hacernos mejores no es sólo imitar, como plantea en su metáfora, la actividad de una abeja que recolecta polen de las flores y luego forma ella misma su miel (I XXV 192), es también reconocer que esa formación y

buen uso del juicio está estrechamente ligado a una actividad constante de conocerse a sí mismo

Pero el autoconocimiento no está sólo guiado por una forma de investigación particular, sino que se le adhiere otra iniciativa, casi metodológica, por parte de Montaigne: la de exponer sus imperfecciones en primera plana para que así sean evitadas (III VIII 1376). El buscarse constantemente no sólo impide que nos creamos las definiciones dogmáticas que la cultura ha esbozado sobre qué significa ser un hombre, también una denuncia de sus propios vicios funciona, para Montaigne, como un remedio que nos evita “la convicción de ser superiores” (III VIII 1381). La autodenuncia, que se entrelaza con la constante investigación de sí mismo, es una estrategia que el autor propone frente a la filosofía de su época a la cual acusa, en ensayos como *El arte de la discusión*, *La Pedantería* o *La formación de los hijos*, de no generar sino vanidad. El reconocimiento de sus faltas se propone así como una forma de contrarrestar la falsa imagen de una disciplina que “mejora bastante las bolsas, en modo alguno las almas” (III VIII 1384). Para Montaigne no importa qué se coloque en los libros o qué se enseñe si eso no conlleva una mejora personal. El fruto de la experiencia no es decir qué hicimos, sino formar nuestro juicio (III VIII 1390), no es “quién llegará a la meta, sino quién efectuará las más bellas carreras” (III VIII 1385). La importancia está siempre dada en el ejercicio de la búsqueda y denuncia que contrarresta el quietismo dogmático de pensar que ya sabemos quiénes somos. Nunca se detiene en su búsqueda y todo aquello que pueda colaborar en potenciar la vanidad que nos oscurece el camino es considerado como una vía a desalentar por el autor. En claro guiño al escepticismo de Francisco Sánchez, el francés escribe que “hemos nacido para *buscar la verdad*; poseerla corresponde a una potencia mayor” (III VIII 1385). La centralidad de la filosofía de Montaigne está dada por la ejercitación, no por llegar a una obra o concepto acabado.

Esta crítica constante sobre quienes somos, donde se aúna la *zétesis* del Yo y la autodenuncia, no sólo pretende poner en jaque a las afirmaciones históricas que la filosofía realizó sobre quién es el ser humano, sino que también muestran cómo el humanismo de Montaigne presenta novedades para su época. Contrario a experiencias como la de Pico della Mirandola, Pietro Pomponazzi o Marsilio Ficino, Montaigne carece de un optimismo hacia el ser humano (Navarro Reyes, 2012, 62). No considera al hombre por fuera de la cadena del Ser como lo hará, por ejemplo, della

Mirandola, sino que moderará sus afirmaciones disminuyendo la vanidad con que históricamente nos hemos entendido. Ensayos de tinte escéptico como *Apología de Raimundo Sibiuda* exhiben cómo Montaigne, en contraposición con los animales, no nos ve tan favorecidos como otrora se pensaba. Sumado a sus críticas sobre la capacidad limitada de la razón, sería tentador hablar de un “humanismo pesimista” en Montaigne, pero es precisamente el ejercicio constante del autoconocimiento lo que impide una postura definitiva, y por tanto pesimista, sobre la pregunta “¿quiénes somos?”. Sólo una posición dogmática, que entiende al ser humano desde una definición ya establecida, puede entender al gobernador de Burdeos como un “pesimista”. Montaigne, más bien, es un crítico de las respuestas sobre el *Yo*, cuya actividad se vuelve sugerente de cierto “humanismo escéptico” (Navarro Reyes, 2012) que no confía acríticamente en los aportes dogmáticos que se han cargado sobre los hombros del ser humano. El humanismo de Montaigne asume al hombre en su punto de partida, en su cultura y en su cuerpo, y entiende que sobre él hay muchas formas de auto entenderse ajenas a su auto reflexión. Montaigne sería un pesimista si no se comprende que su lucha contra la vanidad no está dada por una apuesta a cierta antropología, sino que se estructura frente a un contenido ético que hace uso de la *zétesis* como forma de erosionar las definiciones dogmáticas y equilibrar así el sobre optimismo con que la filosofía ha considerado erróneamente al ser humano.

Para finalizar concluimos que en Montaigne podemos encontrar un enfoque novedoso de la *zétesis* pirrónica orientada a una búsqueda sobre sí mismo y no sobre el mundo. Esta forma particular de indagación se encuentra conectada con el “método” de Montaigne consistente en denunciar públicamente sus imperfecciones y vicios, e implica reconocer la dinámica que exhibe cómo el autor francés se vincula con la tradición: no es un fiel reproductor de las filosofías que cita. El escepticismo en Montaigne, como antes dijimos, es un reflejo de su actividad intelectual donde templa el pensamiento de la tradición bajo el fuego de sus experiencias personales. Hay un ejercicio escéptico novedoso en Montaigne, pero esto no nos habilita a definirlo como “un pleno pirrónico” porque se distancia de forma categórica de algunos puntos centrales del pirronismo como la *epojé* (Raga Rosaleny, 2020), al menos en la forma expuesta por Sexto Empírico (HP I 25-30). En este sentido abogamos por una lectura compleja del autor, donde las filosofías, en particular el pirronismo, aparecen tem-

pladas bajo sus propias preocupaciones. Así, entonces, lo consideramos como un pensador que hizo de la tradición filosófica lo mismo que una abeja del polen: tomó de cada escuela lo propio para templarlo bajo su impronta y volverse un novedoso exponente de, entre tantas cosas, un escepticismo que se preocupa por el auto conocimiento.

Referencias

- Adorno, Theodor (1962). *Notas de literatura* (pp. 11-36). Madrid: Ariel.
- Basílico, Brenda (2012). Marin Mersenne, Henri Estienne y el redescubrimiento de las Hipotiposis Pirrónicas de Sexto Empírico. En *Tradición clásica y Filosofía moderna* (pp. 71-86). Santa Fe: Editorial UNL.
- Bayod, Jordi (2013). Montaigne y la inmensidad Del mundo: «Una perpetua multiplicación Y vicisitud de formas». *Endoxa*, (31), 312-348. DOI: 10.5944/endoxa.31.2013.9377
- Desan, Philippe (2016). *Lectures du Troisième livre des Essais de Montaigne*. París: Éditions Honoré Champion.
- Force, Pierre (2009). Montaigne and the coherence of eclecticism. *Journal of the history of ideas*, 70 (4), 523-544. DOI: 10.1353/jhi.0.0052
- Kristeller, Paul Oskar (1993). *El pensamiento renacentista y sus fuentes*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Maia Nieto, José (2012). O contexto religioso-político da contraposição entre pirronismo e academia na «Apologia de Raymond Sebond». *KRITERION*, 53 (126), 351-374. DOI: 10.1590/S0100-512X2012000200003
- Navarro Reyes, Jesús (2012). Montaigne distemporáneo: Humanismo y posmodernidad. *Taula, quaderns de pensament*, (44), 55-69.

- Popkin, Richard (1983). *La historia del escepticismo desde Erasmo hasta Spinoza*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Raga Rosaleny, Vicente (2010). *Escepticismo, ironía y subjetividad en Los Essais de Michel de Montaigne*. Valencia: Universidad de Valencia.
- Raga Rosaleny, Vicente (2020). *Guía Comares de Montaigne* (pp. 91-114). Granada: Comares.
- Rivano, Juan (2000). *Introducción a Montaigne*. Santiago de Chile: Bravo y Allende Editores.
- Smith J., Plínio (2012). O método cético da oposição e as fantasias de Montaigne. *Kriterion: Journal of Philosophy*, 53(126), 375-395. DOI: 10.1590/S0100-512X2012000200004
- Tizziani, Manuel (2014). Nada que temer de ese pensamiento: Montaigne, pirronismo y Reforma. *Ideas y Valores*, 63(156), 207-221. DOI: 10.15446/ideasyvalores.v63n156.39655
- Villey, Pierre (1908). *Les Sources et L'Evolution des Essais de Montaigne: Vol. I*. París: Hachette.
- Villey, Pierre (1946). *Les Essais de Montaigne*. París: SFELT.
- Weber, Henri (1978). «L'Apologie de Raymond Sebond» et la religion de Montaigne. *Bulletin de la Société des amis de Montaigne*. 7 (33-34), 183-196. DOI: 10.48611/isbn.978-2-406-11846-6.p.0183